

través del ciclo vital (1963). Analizaremos esto en detalle más adelante. Sin embargo, para tener una primera impresión de ellos, consideremos algunas de las decisiones fundamentales que debemos tomar: ¿Cuánta independencia debemos tener? ¿Con qué empeño y cuánto tiempo debemos trabajar para conseguir lo que queremos? ¿Cuánto de nosotros mismos debemos dar a los demás?

Ritualización y ritualismo. Según Erikson, las diversas etapas de desarrollo requieren de la armoniosa acción recíproca de los requerimientos maduracionales en evolución y de las condiciones sociales y culturales existentes. A pesar de las amplias diferencias geográficas y socioculturales, Erikson (1977) afirma que la especie humana es capaz de sobrevivir en una diversidad de ambientes. El recién nacido tiene la tarea de volverse lo que Erikson llama *especiado*; es decir, el niño debe de volverse culto. Cada individuo debe adquirir costumbres, creencias, valores y patrones aceptables de conducta sancionados por una sociedad en particular. Las normas y prácticas de una cultura son comunicadas al joven por *ritualizaciones* que son *patrones repetitivos de conducta característicos de una sociedad en particular*. Erikson subraya el papel de la ritualización en el siguiente párrafo:

Es solamente una paradoja aparente que el Hombre recién nacido quien podría, en principio y probablemente dentro de algunos límites genéticos, colocarse en cualquier cantidad de seudoespecies (otras categorías de seres humanos) y sus hábitats, deba por esa misma razón ser alentado, inducido por alguna forma de familias a volverse "especiado" durante una infancia prolongada: debe ser familiarizado por ritualización con una versión específica de existencia humana... desde el principio esa ritualización es un aspecto de la vida diaria que es visto con más claridad en una cultura, clase o incluso familia diferente a la nuestra, donde, de hecho, la ritualización es más a menudo experimentada simplemente como la única forma apropiada de hacer las cosas; y la interrogante es solamente, ¿por qué no todos lo hacen a nuestra manera? Yo comparto, estoy seguro, con todos los antropólogos (profesionales y aficionados) el asombro con que uno encuentra en el campo a ancianos que describen con ternura lo que en otro tiempo fue apropiado en su cultura, exhibiendo un sentido de rectitud moral y estética en detalles incuestionables sancionados por el universo (1977: 79-80).

Para Erikson, la ritualización se refiere a las rutinas diarias que dan sentido a la vida en una sociedad en particular. Nos relacionamos con los demás mediante formas específicas de saludar y despedirse, por ejemplo, besos, abrazos y apretones de manos. Nos dirigimos a cier-

tas personas con títulos y experimentamos un sentimiento de respeto a su posición. Se dan a la persona guías de conducta que marcan los límites de lo permisible. En un baile, se le permite establecer contacto con un extraño mientras esta conducta no es tolerada en otras circunstancias. En ciertas ocasiones, uno puede estrecharle la mano a un amigo y saludar a la esposa de éste, con un breve abrazo.

Erikson utiliza el término *ritualismo* para referirse a una *ritualización inapropiada*. Necesitamos ciertas figuras de autoridad como modelos y fuentes de inspiración, pero si los idealizamos e idolatramos, experimentamos una inferioridad innecesaria o una apatía debilitante. Hay formas correctas y equivocadas de hacer las cosas pero podemos quedar atrapados en la formalidad de las situaciones, en vez de lograr el propósito que nos proponemos. El ritualismo puede tomarse como ritualizaciones falsas. Son las causas de la patología social y psicológica. Los ritualismos conducen a los excesos y la artificialidad.

Erikson (1977) especifica ritualizaciones y ritualismos para cada una de las etapas psicosociales. Nuevamente, debemos tomar en cuenta que las ritualizaciones son *patrones aprobados culturalmente* de conductas que capacitan a la persona a convertirse en un miembro aceptable de su cultura. Lo ritualismo son *anormalidades*: son *exageraciones de las ritualizaciones*. Las anormalidades también pueden tomar la forma de deficiencias. Una persona desconfiada puede relacionarse con las personas mediante el ritualismo de la idolatría, el cual es una ritualización exagerada de la interacción social normal. Por otra parte, muchas personas desconfiadas evitan los contactos humanos totalmente, debido a que todos le parecen sospechosos.

PRIMERA ETAPA, INFANCIA: CONFIANZA CONTRA DESCONFIANZA (ESPERANZA)

Erikson (1963) afirma que durante el primer año de vida posnatal, el lactante afronta su primer desafío importante, cuya victoria ejerce un efecto profundo en todos los desarrollos ulteriores. El lactante se encuentra en el desgarrador dilema de confiar o desconfiar de las cosas y la gente que lo rodean. El sentido de confianza se desarrolla, si las necesidades del lactante son satisfechas sin demasiada frustración. Un ambiente de confianza. También determina el desarrollo de la con-

fianza en el yo propio; la seguridad en sí mismo. Un sentido de confianza se manifiesta en la fe en el ambiente y el optimismo ante el porvenir. El sentido de desconfianza se revela a través de la suspicacia, la introversión y una temerosa y angustiada preocupación respecto a la seguridad. El niño que ha alcanzado un sentido básico de confianza percibe cuanto le rodea como predecible y congruente.

Durante la infancia, la naturaleza del niño exige que reciba la satisfacción apropiada de sus necesidades básicas, -especialmente la de ser atendido porque el niño poco puede hacer para satisfacerlas. La orientación del niño es incorporadora: para relacionarse con el ambiente recibe. No hay otra época, excepto en ciertas circunstancias de enfermedad y vejez, en las que el desamparo sea tan completo. Las necesidades del niño deben satisfacerse no sólo en el momento apropiado, sino en el grado adecuado. El fracaso en cualquier aspecto puede producir diversos trastornos. Podemos experimentar este sentimiento de desamparo infantil en momentos altamente traumáticos, como los siguientes a la pérdida súbita de un ser amado.

El niño también deberá estar regulado al horario de la madre o habrá conflictos entre ellos. ¿Cómo puede una madre ayudar a infundirle un sentido de confianza a su hijo? Erikson ofrece las siguientes sugerencias:

Las madres infunden un sentido de confianza en sus hijos mediante la clase de sus cuidados la cual en su calidad combina la atención sensible de las necesidades individuales del bebé y un firme sentido de honradez personal, dentro de la estructura confiable del estilo de vida de su comunidad. Esto forma la misma base en el niño para un componente del sentido de identidad, que posteriormente combinará con un sentido de ser "correcto", de ser uno mismo y de convertirse en lo que otras personas confían que uno se convertirá. Los padres deben tener no solamente ciertas formas de orientar mediante prohibiciones y permisos, deben también ser capaces de representar al niño la convicción profunda, casi somática de que tiene sentido cuanto ellos están haciendo. En ese sentido, un sistema tradicional de crianza puede pensarse como un factor productor de confianza, incluso cuando los componentes de esa tradición, tomados aisladamente, pueden parecer arbitraria o innecesariamente crueles o indulgentes (Erikson, 1968: 103).

Erikson cree que si la relación entre madre e hijo es mutuamente satisfactoria, el niño recibe aparentemente un sentido de "bienestar

interno" a través de la interacción armónica con la madre, que no necesita reafirmarse continuamente (1968). La falta de un sentido de confianza en los niños hace que exhiban signos de inseguridad, si sus madres los abandonan incluso por un momento. Parece esencial que el niño experimente seguridad en la satisfacción de sus necesidades a través del cuidado afectuoso y constante de cuantos lo atienden. La madre cuyo cuidado de su hijo armoniza con las necesidades del niño engendra en él un sentido de ser *aceptable* o ser *bueno* y *adorable*, y esos son los ingredientes esenciales del sentido de confianza básica. Las personas que tienen un sentido de confianza básica se sienten unidas consigo mismos y con los demás; se sienten "útiles y buenos" así como aceptables por quienes los rodean. Pueden ser auténticos y les agrada serlo. Si su sentido de confianza está inusualmente bien desarrollado, los niños adquieren la virtud de *esperanza* perdurable, una perspectiva optimista de la vida.

El sentido de confianza básica nunca se alcanza permanentemente y, de hecho, aun al principio de la vida sufre una prueba severa, como veremos en la siguiente crisis que enfrenta el niño en la etapa de autonomía. El niño desamparado se orienta hacia el ambiente, al principio casi exclusivamente al incorporarse y recibir. Pero el niño aprende pronto a afirmarse al resistir, aceptar o rechazar cuanto se le ofrece. Conforme aumentan las necesidades del niño así como sus conocimientos y capacidades, su relación con el ámbito toma una forma más activa; en vez de una orientación exclusivamente incorporativa y receptiva, el niño comienza a participar en forma activa, utilizando el conocimiento adquirido y las habilidades de exploración, manipulación y control de aquellas cosas que necesita o desea. Tomar u obtener activamente en lugar de recibir y aceptar, se vuelven las orientaciones principales del niño hacia el ambiente antes de cumplir los dos años de edad. Afirmándose a sí mismo, el niño entra en conflicto con las personas que en su mundo ejercen autoridad sobre él. Su sentido de confianza puede trastomarse, debido a que en esta etapa la madre puede comenzar a perder sus sentimientos "maternales" hacia el niño, como ha señalado Fromm (1947).

Numinosidad contra idolatría. Erikson llama a la primera ritualización la ritualización *numinosa*. Ocurre como resultado de las interacciones repetidas de la madre y el niño. La madre actúa y reacciona

en presencia de su bebé en formas rutinarias para atender sus necesidades. El niño a su vez actúa y reacciona en relación a la madre. Hay un reconocimiento y afirmación mutuos: el niño necesita a la madre y la madre necesita al niño. En forma idealizada, cada uno afirma la identidad del otro en esta relación. Erikson subraya que:

Hay muchas sugerencias de que el hombre nace con la necesidad de esta afirmación y certificación regular mutua: sabemos de todos modos que su ausencia puede dañar radicalmente al niño, disminuyendo o extinguiendo su búsqueda de impresiones, que verificarán sus sentidos. De todos los trastornos psicológicos que hemos aprendido a conectar ontogenéticamente (dentro del período de vida del individuo) con las primeras etapas de vida, las más profundas y más devastadoras son aquellas en las que la luz del reconocimiento y la esperanza mutuas son perdidos tempranamente en un retraimiento autista y psicótico (1977: 88-89).

La formación del sentido de confianza en el ambiente y la adquisición del atributo de la esperanza son fomentados por las relaciones sociales en las que existen respeto y apoyo mutuos. En esta relación la otra persona es venerada. Lo que al parecer Erikson quiere decirnos es que necesitamos a las personas (incluso figuras religiosas numinosas) que nos inspiren devoción. La distorsión de la ritualización numinosa es lo que Erikson llama el *ritualismo de la idolatría*. La idolatría es una exageración de la veneración y el respeto. Paradójicamente, puede tener como resultado la sobreestimación del yo (narcisismo), por una parte, o la idealización de los demás, por la otra.

La persona confiada es capaz de la ritualización numinosa, con lo cual Erikson quiere decir *sensibilidad social*. El término *numinoso* se refiere a las experiencias emocionales profundas. La persona sociable experimenta sensaciones y sentimientos sociales en presencia de los demás. Las habilidades y costumbres sociales son valoradas y practicadas para agradar a los demás. La expresión exagerada es el ritualismo de la idolatría: la admiración excesiva y la idealización de los demás. Debemos notar que una persona desconfiada puede simplemente carecer de sentimientos y habilidades sociales. Para cada una de las etapas, Erikson especifica un ritualismo que debe entenderse como una exageración de una ritualización, y, por lo tanto, es una anormalidad. No obstante, la falta de desarrollar una fuerza apropiada del ego puede expresarse en muchas y distintas formas de anormalidad.

SEGUNDA ETAPA, PRIMERA INFANCIA. AUTONOMÍA CONTRA VERGÜENZA Y DUDA (VOLUNTAD)

Con el desarrollo de habilidades perceptuales y musculares, el niño consigue una creciente autonomía de acción. Dos formas de enfrentarse con sus alrededores, aunque existieran previamente en forma primitiva, se vuelven maneras dominantes de comportamiento: aferrarse a las cosas y desprenderse de ellas. Estas son expresiones de la voluntad en desarrollo. Este paso necesario del crecimiento puede poner en conflicto al niño con la gente importante en su vida. Marca una afirmación clara del ego y a menudo las demandas del niño se oponen directamente a las de los demás. Además, debido a la inmadurez de las facultades psicológicas del niño, carece de discreción en el uso de esas modalidades y puede oponerse a las demandas de sus padres con tenacidad obstinada; en el entrenamiento del control de esfínteres, es capaz de rehusarse a cooperar con los deseos de la madre: en efecto, el niño puede generalizar su enfoque a todo su trato con los demás. Puede también "abandonarse" a actitudes hostiles y agresivas, creando fricción y conflictos, y la inmadurez puede hacerlo en extremo vulnerable a los sentimientos de vergüenza y duda. Aquí, vergüenza significa el sentimiento de ser inaceptable para los demás, mientras duda significa temor a la autoafirmación.

En virtud de que el niño no ha aprendido aún a evitar ciertas situaciones, como el mal humor de la madre, fácilmente se convierte en la víctima de la agresión desplazada de ésta. El niño puede cometer los mismos errores una y otra vez por ignorancia y los padres pueden interpretar esto como un desafío. Luchando por satisfacer las demandas del ambiente y encontrando frecuentes fracasos, frustraciones y rechazos, el niño puede desarrollar un sentido de duda en sí mismo. Un resultado de ello puede ser el desarrollo de tendencias obsesivas y compulsivas: dudando de sus propias habilidades, el niño limita su participación en la vida diaria a rutinas fijas y rígidas y hace únicamente lo que es seguro y lo que entra en los límites marcados por las personas significativas en su vida. En el otro extremo, el niño puede desarrollar tendencias agresivas y hostiles y reaccionar negativamente ante todos los controles externos e internos. La necesidad de vencer la duda en sí mismo puede ser tan intensa que engendra una orientación rebelde y autoafirmativa, que anula los efectos de las re-

compensas ofrecidas por los padres, de manera que la aprobación de éstos no es valorada tan altamente como la satisfacción derivada de la autoafirmación. El niño puede desarrollar un verdadero odio hacia sus padres y generalizarlo a toda autoridad y restricción de cualquier clase: reglas, patrones, leyes. La autoestimación no es reforzada por la conformidad con las expectativas culturales, sino por el negativismo. La sobreconformidad con el bloqueo de los impulsos y la total ausencia de respeto por la regulación y el control son dos de los trastornos extremos provocados por el sentido de duda en sí mismo, aunque también hay muchos otros.

Además del sentido de duda en sí mismo, el niño puede desarrollar un sentido de vergüenza que persiste durante toda la vida. La vergüenza se produce cuando el ego es expuesto en forma indefensa a un examen desfavorable o poco halagüeño. Es una forma indeseable de autoconciencia, una lesión a la autoestimación, producida por la censura y la desaprobación de los demás: por tanto, es probada por evaluaciones externas más que por autoevaluaciones, las cuales pueden derivarse de la conciencia, experimentarse como culpa y ocurrir en la siguiente etapa de desarrollo. Antes de que la conciencia se desarrolle suficientemente, la culpa es imposible, pero la vergüenza puede sentirse bastante pronto. Debemos notar que los impulsos incontrolables del niño pueden ser la base para el desarrollo de un sentido de duda en sí mismo y vergüenza que persisten toda la vida y, posteriormente, de culpa.

Un niño es pequeño e inferior en relación a aquellos que tienen autoridad sobre él; por tanto, tiene la tendencia de subvalorar el yo y, al mismo tiempo, de sobrevalorar a los que ejercen esa autoridad. Si los padres, profesores y niños mayores rebajan o degradan los logros del niño, éste puede sentirse inútil, sucio, malo y comenzar a creer que nada de lo que produce tiene valor. Aquí podemos observar los fundamentos de un profundo sentido de duda en sí mismo, vergüenza e inferioridad. Muchos padres fomentan estos sentimientos, porque son impacientes con el nivel de ejecución de sus hijos; continuamente regañan al niño por hacer mal las cosas o siempre los castigan por cosas que rebasan las capacidades del niño. Algunas veces éste puede reaccionar en una forma opuesta y se burla de toda autoridad o hace caso omiso, insensiblemente, de los intereses y derechos de los

demás. El que ocurra esta reacción depende de la naturaleza del niño y los métodos que se utilizan para avergonzarlo.

Conforme la conciencia comienza a tomar forma (el fundamento de la siguiente etapa) ejerce control sobre la conducta. Lleva a cabo este dominio a través de autorrecompensas y autocastigos, expresados como orgullo y odio a sí mismo. La forma de culpa resultante de una conciencia pobremente desarrollada también promueve la duda en sí mismo. La conciencia proporciona una fuente de controles internos y un modelo de conducta deseable. Antes de desarrollarse la conciencia, dominan las regulaciones y los controles externos. Si obedece estas fuentes de control internas y externas, puede en gran medida evitarse dudas, vergüenza y culpabilidad. ¿Por qué algunos individuos no utilizan su conciencia de esta manera? La razón es que el impulso de autonomía compite con la voz de la conciencia. Podemos ver los efectos de este conflicto entre la conciencia y la autonomía en rasgos malsanos como la terquedad y la rigidez en la toma de decisiones o en los rasgos sanos como la cooperación y la conformidad con las expectativas. Estos rasgos (que constituyen la gran diferencia entre un estilo de vida satisfactorio y uno que conduce a la insatisfacción, la infelicidad y el sentimiento de estar atrapado), por consiguiente, tienen sus orígenes durante la etapa en la que la autonomía está en crisis. Debemos notar que estos rasgos son expresiones sanas o malsanas de la voluntad.

Antes de desarrollarse la conciencia, la cultura proporciona, por lo general, un código de leyes para regular la conducta del niño y ayudarlo a alcanzar una medida limitada de autonomía, mientras le evita dudas y vergüenzas. Otras guías sutiles —tradición, costumbres, usos, tabúes— ayudan al niño a conocer lo que debe o no debe hacer para convertirse en un miembro aceptable de su cultura. La justicia a nivel institucional y la equidad a nivel individual aseguran la protección de los derechos y garantiza a todos un cierto grado de igualdad de autonomía. El individuo, si el desarrollo es normal, adquiere gradualmente un conocimiento de sus derechos y limitaciones e incluso de sus privilegios, si acaso tiene ventajas sobre los demás. El individuo también aprende sus obligaciones. Del mismo modo como el propio sentido de confianza de los padres es comunicado a su hijo y afecta el desarrollo del sentido de confianza del hijo, así el grado de autonomía de

los padres afecta las condiciones para el desarrollo de la autonomía del niño. Los padres que valoran la conformidad conservadora difícilmente pueden esperar el desarrollo de individualismo en su hijo. Una madre temerosa y angustiada puede tener tanta influencia sobre su hijo, que esos rasgos se vuelven características perdurables de la orientación del niño hacia la vida.

En resumen, algunas actitudes fundamentales se forman durante la segunda etapa de desarrollo, cuando la necesidad de autonomía crea una crisis. La formación de esas actitudes depende del grado de éxito con que se resuelva la crisis y cómo sale de ella el ego. Si una persona desarrolla un sentido de autonomía a un grado inusitado, demostrará las virtudes de *valor, autocontrol y poder de la voluntad* (Erikson, 1965). En la autonomía los resultados favorables o desfavorables se comprenden mejor, según Erikson, en función de expresiones sanas o malsanas de voluntad.

Sensatez contra legalismo. El ejercicio de la voluntad sirve a la autonomía. Pero la afirmación de la voluntad puede crearnos problemas, a menos que uno conozca las limitaciones y fronteras dentro de las que puede ocurrir la conducta autónoma. Debe aprender a discriminar lo correcto de lo erróneo, lo aceptable de lo inaceptable. La libertad de autoexpresión requiere sensibilidad para la aprobación y desaprobación de los demás. Erikson se refiere a la ritualización de este periodo como la *sensatez*, diciendo:

La fuente ontológica de este segundo tipo de ritualización es la segunda etapa de la vida, caracterizada por los avances rápidos en la autonomía psicosocial. Conforme la habilidad para gatear y finalmente ponerse de pie sirven para aumentar la confianza del niño en sí mismo, también conduce pronto a jugar con los límites de lo permitido. Si a la primera etapa, llamémosle lactancia, le he adjudicado los rudimentos de la esperanza, considero a la voluntad como la fuerza básica encontrada en la segunda etapa, es decir, en la infancia temprana. Las nuevas adquisiciones en lo cognoscitivo, así como en las capacidades musculares y locomotoras y la mayor facilidad de interacción con los demás fomenta, en circunstancias favorables, un gran placer al ejercer la propia voluntad y en encontrarse capaz y justificado para usarla. Entonces, éste es el origen ontogénico de esa gran preocupación humana con el "libre albedrío", el cual podemos observar y encontrar su comprobación en la ritualización de la vida diaria de emitir juicios sobre lo que constituye el campo para saber imponerse (1977, págs. 92-93).

Necesitamos aprender a juzgarnos a nosotros mismos desde el punto de vista de aquellos que nos juzgan, de manera que no seamos inaceptables para los demás, particularmente para quienes tienen poder sobre nosotros. A la larga, la voluntad del superego nos ayuda en esta difícilísima tarea. Nos enfrentamos a la opción de dudar de nosotros mismos o de quienes nos juzgan. Ninguna forma extrema de acción es deseable. El niño necesita tener indicaciones bastante claras de lo correcto y lo erróneo para minimizar la duda en sí mismo y el sentido de vergüenza. La ritualización que sirve al ejercicio de la voluntad es llamada por Erikson la ritualización de la *sensatez*. Se refiere a las leyes, reglas, reglamentos, prácticas honradas y formalidad en la vida diaria. Una forma anormal de ritualización es el *ritualismo* que Erikson llama *legalismo*, preocuparse más por la letra que por el espíritu de la ley. Un ejemplo de legalismo es el profesor de español que se preocupa más por la gramática que por la calidad del contenido. Erikson advierte que la conformidad con la ley o los reglamentos pueden provenir del temor más que del consentimiento personal con el valor de estos controles. Las ritualizaciones previenen las consecuencias nocivas del ritualismo.

El término *ritualización de la sensatez* es la forma de Erikson de resumir los *códigos de conducta aceptable*. El niño que goza de un sentido de autonomía conoce las reglas y los papeles apropiados. El niño con un sentido de duda o vergüenza puede sujetarse a expresiones exageradas de las reglas, el ritualismo del legalismo. Por supuesto, el efecto en la autonomía puede derivar en otras formas de anormalidades, como rehusar exponerse a riesgos o abstenerse de participar en las interacciones sociales.

TERCERA ETAPA, EDAD DE JUEGOS: INICIATIVA CONTRA CULPA (DETERMINACIÓN)

Entre los tres y los cinco años de edad, la necesidad de autonomía toma una forma más vigorosa; se vuelve más coordinada, eficiente, espontánea y dirigida hacia un objetivo. En este periodo, el principal logro del ego, según Erikson (1963), es el sentido de iniciativa y fracasar en esta tarea se interpreta como culpabilidad. Si la duda de sí mismo y la vergüenza son el resultado del fracaso de adquirir un sentido de autonomía, un sentido profundo y constante de culpa e indignidad